

# TARRADELLAS

**H**OY en día se abusa con frecuencia al denominar como "históricos" acontecimientos de relevancia, pero a los que probablemente este adjetivo les viene algo grande. Sin embargo, a pesar del abuso, es necesario quizá volver al empleo de ese calificativo para referirse al regreso de Josep Tarradellas, presidente de la Generalitat provisional.

**L**A verdad es que mucha gente lo admitiría con harta dificultad. Reina en España una sensación, sólo parcialmente aceptable, de que todo va mal y de que nos encaminamos a algo así como una catástrofe apocalíptica. La situación no es en absoluto envidiable, pero es un grave peligro practicar esa "persecución de la alegría" de la que nos hablaba Julián Marías que algunos sectores, sobre todo en la izquierda y en la extrema derecha, ejercen de forma sistemática, sin, por supuesto, sugerir remedios para los graves problemas del presente. Respecto de la restauración de la Generalitat provisional, se ha podido percibir, una vez más, esta concordancia de los extremos, tan típica, por otra parte, de la vida española. Hay quien piensa, desde la izquierda, que el señor Tarradellas es una especie de arribista que se ha dejado encantar por no se sabe qué filtros mágicos del señor Suárez para convertirse en su colaborador en Barcelona, que ha conseguido nada más que una "Generalitat descafeinada" y que actúa como una especie de Franco redivivo dispuesto a soltar un exabrupto a quien se le desmante. En la derecha, aparte de las bromas a las que da lugar el tratamiento de "honorable" (no menos chocante que el de ilustrísimo), se piensa que el restablecimiento de la

Generalitat es, si no un acto de lesa patria, sí, por lo menos, un privilegio manifiesto para una tan solo de las regiones españolas.

**E**L juicio que algunos hacen sobre el señor Tarradellas, nace en buena medida de que este país, que ha pasado por una larga dictadura, ignora todavía lo que verdaderamente es un político en un régimen democrático. Tarradellas no promete un milenario advenimiento de la Bondad universal a los catalanes y no acusa a sus adversarios con epítetos gruesos. Pero es, en cambio, un hombre práctico que sabe lo que se puede y lo que no se puede hacer en un determinado momento; que, sobre todo, es consciente de lo que siem-

Javier TUSELL

(Continúa en pág. sigto.)

(Viene de la pág. anterior)

pre se debe o no se debe hacer. Tenemos ante nosotros un hombre que encarna un sentimiento popular de millones de catalanes (y, por lo tanto, españoles), que ha vivido un largo exilio y que, por tanto, podría tener vocación de mesías demagógico. Pero es un hombre que ha sido capaz de condenar la locura del 6 de octubre de 1934, aunque la protagonizara Companys; de reconocer los méritos de la Monarquía y de al mismo tiempo exigir con dureza lo que creía que en este momento le debía corresponder a Cataluña. Es, además, un político que no tiene miedo a decir siempre lo que piensa, aun a riesgo de chocar con las modas y los modos imperantes, y que sabe ejercer su autoridad cuando lo estima preciso y necesario. Al contemplar su actuación en los últimos meses, uno, que es historiador, se da cuenta de cuánto hemos perdido los españoles en la ruptura que produjo la guerra con las generaciones liberales y de cuánto podrían sus miembros haber enseñado a esos políticos de hornada reciente que parecen con demasiada frecuencia alocados "amateurs".

La derecha tendría, por su parte, que pensar que el restablecimiento de la Generalitat provisional ha sido, de parte del Gobierno del presidente Suárez, ante todo y sobre todo, un acto de realismo. Desde hace meses, y aun en cierto sentido desde hace años, asistíamos a una creciente deslegitimación del poder del Estado en Cataluña. En el fondo, de alguna manera es helto decir que toda Cataluña había sido vencido en la guerra civil, y ello se pagaba, muchos años después de su fin, en una dialéctica de autonomía "versus centralismo" que en potencia resultaba tanto o más peligrosa que la del País Vasco, aunque no hubiera violencia terrorista. Con esta situación había que acabar lo más radicalmente posible, y ello de un modo urgentísimo después de unas elecciones que dieron la victoria a quienes pedían con reivindicación perentoria el Estatuto de 1932. (Piénsese por un momento que en Castilla hubieran triunfado unas fuerzas políticas que hicieran de la constitución de la segunda República una reivindicación cardinal de su actuación.) Ser realista es la primera condición del político y, en especial, del político conservador, en lo que de más noble tiene este adjetivo. Por eso, con muy buen acuerdo, el presidente Suárez decidió en su momento negociar con Tarradellas. No se trata, pues, de ningún privilegio, sino tan sólo de aplicar una solución solamente distinta por el momento

a una situación que, por supuesto, lo es. Pero ello no implica desigualdad a la larga, pues las concesiones autonómicas han de hacerse para todas las regiones españolas, y estamos emprendiendo precisamente ese camino. Y si es cierto que en términos ideales hubiera sido deseable una intervención de las Cortes en la promulgación del decreto que restablecía la Generalitat, no lo es menos que la legislación vigente permitía una decisión más rápida y, sobre todo, que evitaba un estéril y probablemente durísimo enfrentamiento verbal entre quienes exigían inmediatamente el Estatuto de 1932 y quienes practicaban de hecho unas doctrinas identificables con el más férreo centralismo.

PARECE un milagro que Tarradellas haga las manifestaciones de amor a España que hace, que un Borbón contribuya a restablecer la institución multiseccular que uno de sus antecesores hizo desaparecer y que un ex secretario general del Movimiento haya jugado un papel tan decisivo en todo el proceso. Congratulémonos y saludemos con satisfacción la puesta en marcha en Cataluña de un régimen autonómico provisional. Porque, en definitiva, es también un triunfo de todos, de toda la sociedad española, que de esta manera da un paso más hacia un futuro democrático.

Javier TUSELL